

rano legítimo de la nación restaurada y regenerada. Si no la letra, tal fué el espíritu de la arenga de Berthier, y conviene reproducirlo, porque da la norma de todos los discursos de entonces.

Muy enterado el rey de que entre todos los hombres de la revolución no los había á quienes fuese mas provechoso y mas sencillo lisonjear que á los mariscales, con la mayor afabilidad suavizó toda la altivez que le habian dado la gerarquía y la naturaleza. Les tendió la mano, les dijo que desde el destierro habia aplaudido sus hazanas, las cuales para su paternal corazón habian sido un dulce consuelo de los males de Francia; que tenia á fortuna encontrarles allí los primeros al volver al patrimonio de sus antepasados; que deseaba apoyarse en ellos; que les traia la paz, don precioso debido á sus familias, pero que si alguna vez esta paz llegara á ser turbada, viejo como estaba y enfermo, se pondria á su cabeza bajo la bandera del antiguo honor francés. De seguida, ajustando los procederes á las palabras, Luis XVIII tomó á dos mariscales del brazo para cruzar los vastos salones de Compiègne, distribuyó saludos afectuosos á la muchedumbre de palaciegos que veia en derredor suyo, siempre mostró preferencia á los mariscales, á cada uno le dirigió una frase adaptada á su vida; de gota habló al viejo republicano Lefebvre, que era gotoso; al infeliz Mar-mont de la herida que recibió en Salamanca; uno á uno los presentó á su sobrina y á sus primos; los detuvo á la mesa, durante la comida brindó por el ejército con un licor inglés, y no les despidió sin cautivarles con una mezcla de dignidad y de llaneza, que nada tenia de comun con la ama-

bilidad del conde de Artois, ni con la sequedad de Napoleon, dura si bien llena de atractivo.

Con pesadumbre notaron los espíritus observadores en esta familia augusta, costumbres extrangeras que al parecer no echaba de ver ella misma; repararon el traje completamente inglés de la duquesa de Angulema, asi como su frialdad, que hacia escusar fácilmente el respeto debido á sus infortunios; pero los espíritus observadores son raros, y con especialidad en semejantes circunstancias. Encantada quedó la generalidad de los asistentes, y fuerza es confesar que el espectáculo era para herir vivamente la imaginacion, pues abarcaba dos prestigios que por rareza se ven juntos, la antigüedad mas venerable y la novedad. Si á la llegada del conde de Artois se hicieron comparaciones desventajosas para el imperio, en Compiègne fué peor todavía. Segun el dicho de los que asistieron á aquel palacio, ya al fin se sabia lo que era la *magestad*, de que hasta entonces ni aun se habia tenido idea. ¡Y sin embargo, la mayor parte de aquellos hombres habian gozado la honra de acercarse al genio bajo su aspecto más grande y sorprendente! Con ingenuidad confesamos que les asistiera plena razon si aspiraran á patentizar que existe una diferencia imponderable entre la autoridad de un principe nacido para el trono, uniendo al brillo de su estirpe el talento, el saber, la nobleza del rostro, entre esta autoridad sosegada, serena, no dudando jamás de sí misma, y el mando imperioso, desigual, preocupado, y con frecuencia áspero y brusco del genio. Mas pocos de los que presenciaron tal solemnidad tenian el tacto bastante fino para



distinguir estas diferencias, y era singular oír á Marmont, á Ney, Kellermann, Oudinot, Moncey, Bertier, no hablar mas que de la *majestad* del rey Luis XVII, y de repetir á todo el que se les acercaba que nada habían visto que se le pareciese. Tal es la eterna comedia humana, que nunca se cansan de representar los mortales, aunque la hayan representado cien veces, y por la cual es menester pasar como sobre ascuas, dado que por mucho que se pusiera y repusiera este espejo delante de los ojos, no se les llegaria á corregir de su idolatría al poder que se levanta. Algo más serio debia haber en Compiègne que las recepciones oficiales, á saber, las entrevistas de Luis XVIII con los grandes personajes que tenian en las manos los resortes que hacian mover las cosas.

Ya el rey durante su viage muy lento de Calais á Compiègne habia enviado á Mr. de Blacas á París, con objeto de que por el conde de Artois y de los realistas mas seguros se informara de todo lo que tenia interés en saber puntualmente. Por su parte el conde de Artois corrió á echarse en los brazos de su hermano, y fué recibido mas afectuosamente que acostombraba Luis XVII, cuyo júbilo enternecia el corazón. Además lo que escuchaba de sus labios era muy adecuado para satisfacerle. De hora en hora eran mas fuertes los Borbones y mas débil el Senado, y desde el dia en que por consejo del duque de Otranto transigió este cuerpo, contentándose con una promesa vaga y general, no habia cesado la autoridad legitima de ganar terreno. Sin embargo, no cabia cuestionar sobre lo sustancial de las cosas, y por mucho horror que manifestaran los realistas puros á cuanto llevase el

nombre de constitucion, irremisiblemente habia de existir alguna. Tal costumbre habia ya contraido Francia de relatar por escrito, á cada cambio de sistema, las condiciones de su nuevo estado, que tambien ahora se necesitaba tomar la pluma, bajo el supuesto de ser inevitable un gobierno analogo al de Inglaterra, con dos cámaras que hablasen y votasen sobre los negocios públicos, y periódicos libres, y una justicia independiente, y el sostenimiento de las ventas nacionales, de la Legion de Honor y de la nobleza moderna. Obligados se hallaban á convenir en esta verdad el conde de Artois, Mr. de Montesquieu, y cuantos de un mes atrás habian puesto manos á la obra. Pero se habian ganado los puntos á que Luis XVIII daba mayor importancia. No estaba constreñido á aceptar el texto mismo de la constitucion senatorial; dispensado se hallaba del juramento, y en suma de cuanto pudiera tener asomos de una constitucion impuesta. Darla podia por sí mismo, haciéndola nacer de su autoridad real espontaneamente, lo cual salvaba el principio de la soberanía legitima, segun la entendia el realismo puro. Además respecto del personal, en su mano estaba tomar una porcion del Senado, la que menos le moviera á disgusto, completarle con parte de la antigua nobleza, conservar el Cuerpo legislativo, del cual se tenia mayor satisfaccion que del Senado, y formar así un gobierno mas de su devoción. Finalmente para consignar mejor la diferencia entre esta manera de proceder real á todas luces y la que al principio se empeñaba en exigir el Senado, el rey entraria en Paris sin dar la constitucion, haciendo una simple declaracion general, semejante



poco mas ó menos á la del conde de Artois, lo cual permitiria espacio para pesar bien los términos de la constitucion nueva.

Estos puntos ya alcanzados correspondian perfectamente á las miras de Luis XVIII. Ningun horror experimentaba contra esta clase de gobierno, consistente en dos cámaras, atormentando á los ministros y dejando al rey tranquilo, porque sin tropiezo alguno habia visto marchar en Inglaterra este orden de cosas. Pero su autoridad, la que con su sangre circulaba por sus venas, y le venia de Luis XIV, de Enrique IV, de San Luis, de Hugo Capeto, esta autoridad quedaba reconocida, y no otro era el punto capital para Luis XVIII. A su orgullo real convenia y le bastaba otorgar lo que llamaban garantías constitucionales, redactarlas en el estilo que pareciera mas oportuno con tal de que se supusiera que las habia escrito por sí propio, y recibir juramentos sin prestar el suyo en manos de nadie. Luego dejaria gobernar en este ó el otro sentido, con tal de que no se saliera de ciertos limites, y de que, relativamente á su persona, de ningun modo se le impidiera que se rodeara de las gentes que fuesen de su agrado. Conseguidas todas estas cosas, como bienvenido miraba á su hermano, diciendo que por vez primera no habia caido en falta. Muy sobre sí acerca de estos puntos por los informes que el conde de Artois, Mr. de Blacas y Mr. de Montesquieu le llevaron sucesivamente, ya estaba al cabo de la actitud que con cada cual debia tomar de seguida, y se le iba á ver por tanto hablando con unos, y oyendo á otros, digno con todos, no prometiendo nada, si bien dejándolo esperar todo de su libre prudencia, y re-

sueltísimo á no permitir que nadie le diese consejos parecidos á condiciones.

De la mas alta importancia debia ser la primera entrevista del rey con Mr. de Talleyrand, personaje destinado aun á figurar como actor principal de la escena politica por algun tiempo. Luis XVIII y Mr. de Talleyrand habian estudiado bien sus respectivos papeles, porque ambos amaban la representacion y sobresalian en ella. Sin duda Mr. de Talleyrand tenia el mas difícil papel á su cargo, porque bajo el aspecto de la situacion de las cosas, no del talento, se hallaba inferior al monarca. Dispensados están de vencer los hombres de principios: al contrario, para los hábiles el triunfo es condicion obligatoria. Hasta ahora, entre los personajes que se habian negado á todo pacto con la revolucion y los que habian transigido con ella, de estos últimos parecia la ventaja, porque daban señales de comprender en donde estaba la fuerza del tiempo, y con ánimo de regirla se ponian de su parte, al paso que los otros, ciegos y pertinaces, solo habian sabido empujar al cadalso á su monarca y á sus amigos. De repente habia cambiado el semblante de los sucesos, y por tanto semejaba que los testarudos, los que no se quisieron prestar á ningun acomodo habian adivinado lo cierto, y habian tenido razon y figuraban como los hábiles, si la última palabra de la revolucion estaba pronunciada, y sabido es que comunmente se juzga que la palabra del dia será la postrera. Asi entre Luis XVIII, de vuelta del destierro, y Mr. de Talleyrand, que eternamente habia servido á la república y al imperio, para tornar á los pies de la legitimidad al cabo de veinte años, la ventaja de la situacion es-



taba de parte del primero. Clertamente podía Mr. de Talleyrand blasonar de haber contribuido al seszo reciente de las cosas, pero servicios de esta especie se olvidan muy pronto. Además, á los ojos de los realistas puros, estos servicios no eran mas que una confesion, una reparacion tardia de los verdaderos principios, y por el momento Luis XVIII era el vencedor y Mr. de Talleyrand el vencido, aunque éste hubiese ayudado á su propia derrota. Asi y todo en materia de ártivez de acituid, Mr. de Talleyrand no se quedaba atrás de su interlocutor régio. A mas tenia un tacto exquisito, un conocimiento perfecto de las cosas, y poseia el arte de condensarlas en una frase, y sobre todo de adular sin bajeza, y de no ser el segundo en ninguna parte, ni aun á presencia de los principes y los reves. De consiguiente, Luis XVIII y Mr. de Talleyrand se podian avistar sin desventaja, y á mayor ahandamiento estaban preparadissimos para una entrevista, cuya importancia conocian el uno y el otro.

Luis XVIII recibió á Mr. de Talleyrand con extremada cortesia, le dió gracias por sus servicios como principe creído en deberlo todo á su derecho, le hizo entender que los que tornaban del destierro no habian sido lo menos avisados, ni menos hábiles en suma, si bien pasó con rapidez sobre este punto para llegar á la situacion presente. En lo sustancial estaban acordes el rey y su futuro primer ministro, pues lo de mas trascendeneía se habia convenido por ambas partes. De una la constitucion escrita, de la otra espontaneidad en la manera de otorgarla. De consiguiente, sobre cada cosa no se podia hablar mas que para cruzar un

asentimiento acelerado. — Conceded esas dos cámaras que no se pueden negar de ningún modo, y lisonjead á los militares, á quienes bastará con halagos, porque no piensan ni entienden gobernar bajo ningún aspecto, este fué el lenguaje de que usó Mr. de Talleyrand y el único á que el rey no tenia que hacer objecion alguna. Luis XVIII manifestó á Mr. de Talleyrand que un hombre de su valia, maestro en el arte de tratar con las potencias, y revestido aun con el brillo del grande imperio, que Luis XVIII conocia sin confesarlo, siempre sería su representante para con Europa. Esto era lo que Mr. de Talleyrand necesitaba tan solo. Así el rey y el ministro se separaron despues de una entrevista, que la cortesania del rey prolongó bastante, quedando éste satisfecho del todo, y fingiendo aquél parecerlo. Sin embargo, se podia suponer que no lo estaba completamente, puesto que á nadie significó las razones de estarlo, y sobre los incidentes de la entrevista guardó una discrecion que no tenia de costumbre, y que á lo menos probaba su insignificancia. Se contentó con decir á los que le interrogaban sobre el caso, que el rey era un hombre de talento, de mucho talento, y con especialidad de aquel talento, cuya tradicion se habia perdido desde fines del siglo XVIII.

Entretanto se anunciaba otra visita mucho mas importante, la del emperador de Rusia. Representando en París con sinceridad y buen suceso un papel de generosidad, se habia mezclado el emperador Alejandro en nuestra suerte futura con un ardor y una buena voluntad que le granjearan sin duda la gratitud de los franceses, sino se hiciera siempre muy cuesta arriba lo de ser deudores



hasta de la felicidad á manos extrangeras. No se creaban tales desvelos el rey de Prusia, ni el emperador de Austria. Poco se les importaba lo que pudiera ser de Francia, á tal de que el rey de Prusia tornase á Berlin con una buena paz y crecidas contribuciones de guerra, y de que el emperador de Austria tornase á Viena con el Tirol y con la Italia. De lo demás saldrian mejor ó peor los Borbones, lo cual era incumbencia suya y de los franceses. Con tal de que estos no pensaran ya en pasar el Rhin ni los Alpes no se les pedía otra cosa. En cuanto á Napoleon, mas le quisieran tener en Santa Elena ó en las Azores, que en la isla de Elba; pero ya se hallaba en este punto, y nada se decia de su persona, á lo menos por el momento. Liberal, poco expuesto sin duda á que sus súbditos le cogiesen en materia de libertad la palabra, sincero, á pesar de todo, el emperador Alejandro, pensaba de distinta manera, juzgando mas digno de su gloria dejar á los franceses libres, y mas seguro tambien dejarlos contentos. Frecuentaba el trato de los hombres que deseaban sábias instituciones, y con particularidad el de Mr. de Lafayette, que abandonó su retiro de Lagrange á la primer esperanza de un gobierno libre; y platicando con ellos de la constitucion futura, se afirmaba asi en sus tendencias generosas, se comprometia de resultas de sus palabras, y hasta cierto punto habia tomado sobre sí la tarea de abogar por las ideas y los intereses del Senado, al cual se mostraba de buena voluntad muy agradecido, puesto que á este cuerpo debian la destitucion de Napoleon los soberanos aliados. Desecontento, no del conde de Artois, sino de la emigracion llegada á

Paris desde Inglaterra y las provincias, envió al conde Pozzo di Borgo á Compiègne para hablar el lenguaje de la razon á Luis XVIII. Pero, á pesar de la habilidad de este personage, no le fué posible coger al rey, tan pesado de cuerpo como ágil de espíritu, y apelando para eludir las argumentaciones apremiantes de los hombres de nota á una ligereza real á la vez y fingida; y asi no pudo llegar á una explicacion satisfactoria. Entonces ideó Alejandro ir á Compiègne en persona, paso atrevido, aun no dado por el rey de Prusia, ni el emperador de Austria, si bien explicable por la actividad del jóven emperador y por sus pocos años, y que á Luis XVIII en suma le halagaria sobremedera. Alejandro le queria manifestar que se necesitaba no solo dar una constitucion, sino rodearse de los hombres de la Revolucion y del Imperio, renunciar á datar su reinado desde la muerte de Luis XVII, conceder mucho á las circunstancias y tener muy en cuenta el ejército sobre todo. Avisado Luis XVIII de tal visita determinó en consecuencia recibir al emperador Alejandro y obrar respecto de su persona como con todos los que pretendian llevarle consejos, mostrando agasajo y dignidad suma, y no aventurando mas que profesiones de fé extremadamente generales.

Apenas fué anunciado el emperador Alejandro se apresuró la muchedumbre á desaparecer de aquellos salones, para dejar que hablasen mano á mano el gefe de la coalicion de Europa y el gefe de la antigua dinastia francesa. Lisonjeado de tal visita, y deseoso de figurar como poseido de gratitud, Luis XVIII abrió al jóven emperador los brazos, le recibió como padre, si bien como padre á



quien la edad y la gerarquía elevaban muy por encima de los soberanos de su tiempo. Sin que le dejara de agradecer el apoyo dado á su familia, afectó atribuir tantos sucesos prodigiosos á causas providenciales y superiores, y particularmente á la prepotencia del gran principio de que era legítimo representante. Así hizo muestra de no tener que aprender cosa alguna, cuando el czar le habló del nuevo estado de la Francia; por urbanidad le oyó tan solo, bien que como hombre, á quien nada podía enseñar un príncipe mozo, no le respondió la menor frase, ni le concedió lo mas leve, sobre cada cosa indicó resoluciones ya tomadas, conformes á su autoridad que no dependía de nadie, á su prudencia, que no habia menester de consejos, dejó entrever cuales eran estas resoluciones sin expresarlas, y en suma, permaneció casi tan difícil de oger ante el soberano de Rusia, como ante su embajador, segun se ha dicho. Una circunstancia acabó de desconcertar al emperador Alejandro, y fué la llegada del Cuerpo legislativo á Compiègne, yendo á cumplimentar al rey en diputacion, á la par que el Senado se habia retraido de tal conducta, volviendo bajo Luis XVIII á su papel de abstencion y silencio. Cuando un cuerpo que pretendia representar á Francia y habia adquirido alguna popularidad, por virtud de su reciente resistencia á Napoleon, se apresuraba á presentarse al monarca y á rendir homenaje á su autoridad legítima, aun antes de que prometiese nada, la abstencion del Senado perdía mucho de su fuerza y Alejandro debia aparecer como un consejero importuno. Así renunció á toda insistencia demasado viva y se despidió muy desengañado, aunque

colmado de obsequios, no habiendo podido exponer mas que escasas palabras, sacando muchas menos á su interlocutor augustó, no mas contento que Mr. de Talleyrand, si bien confesándolo mas ingénuamente. Mayor superioridad que confusion acreditaba en darse por burlado, pues disponia de doscientos mil hombres y desgraciadamente era dueño de Francia.

Después de emplear tres ó cuatro dias en descansar en Compiègne, y en tomar alguna tintura de los hombres y de las cocas, resolvió Luis XVIII encaminarse á Saint-Ouen á las puertas de París, donde haria una postrera y corta parada antes de entrar en la capital misma. Acordado quedaba con su hermano y con los miembros del gobierno provisional que, publicando una declaracion general y enunciativa de las principales garantías constitucionales, ya habria cumplido con el Senado y aun obtendria su visita, y sobre este punto ya no habria que decir nada. Tres semanas antes los hombres deseosos de proporcionar á Francia una libertad solida bajo la antigua dinastia, apoyados por el emperador Alejandro, sin duda, pudieran obstruir el camino á Luis XVIII hasta que otorgase cuanto se exigia de su persona. Pero la corriente á su favor habia sido tal en pocos dias, que ya no se le podia atajar el paso, y que la sola tentativa tomara apariencias de estar apoyada en los extrangeros para contener un movimiento nacional á todas luces. Efectivamente, después de invertir Francia algunos instantes en hacer memoria de los Borbones, muy luego comprendió que eran los únicos posibles, y una vez reconocida esta necesidad imperiosa, la teragra de los unos y la vile



za de los otros comunicó tal impulso á los ánimos que, desde la toma de la Bastilla y la vuelta de Bonaparte de Egipto, nada se había visto semejante. De día en día iba perdiendo terreno el Senado, que se había debilitado con ceder poco á poco. Sin embargo, si estaba ya batido en cuanto á sus intereses, no así respecto de los principios de que se había hecho sosten firme. Una constitucion habia deseado y seguro se hallaba de tenerla con las cláusulas esenciales; solo que ya no podía conseguir que emanase de un acuerdo recíproco entre la nacion y el monarca, lo cual diera á esta constitucion una fuerza y una inviolabilidad capaces de asegurar su duracion; y bajo este aspecto, creyendo ganar los Borbones su causa, la habian perdido, al lograr que prevaleciera el principio del *real otorgamiento*, del cual debian sacar dias adelante un golpe de estado y su caída.

Se habia, pues, convenido en atenerse á una declaracion general, y todos los operarios del conde de Artois estaban aplicados á la faena; Monsieur de Vitrolles, que habia llegado á ser su principal instrumento, á la par que Mrs. de La Maissonfort y Ferrier de Montciel, que formaban un segundo consejo en el entresuelo de las Tullerías. Les dejaba hacer el monarca desdeñando sobremanera este género de literatura, y fiando á monsieur de Blacas la comision de vigilar y de revisar su trabajo. Entre estos diversos colaboradores se reducía la cuestion á determinar qué parte se daría al Senado, hasta dónde habria de llegar la gratitud de que se le diese testimonio, y hasta qué punto, sin dejar de obrar á tenor de la voluntad propia, se aparentaría ceder á sus votos. Para la

estancia en Saint-Ouen aplazóse la resolucion definitiva. Por otra parte, el rey estaba plenamente consagrado al júbilo de volver á entrar en su capital, y al deleite de respirar aquel real incienso no quemado tantos años habia á sus plantas y con que á la sazón se le embriagaba sin medida.

Para Saint-Ouen se puso en camino y llegó allí el 1.º de mayo. En esta última estacion desbordóse de nuevo la oleada de los felicitantes ardorosos y llenó la morada régia. Aun no habia aparecido el Senado delante de Luis XVIII. Ya, á la verdad, era forzoso que cesase esta especie de separacion entre el monarca y el cuerpo constituyente, que habia llamado á los Borbones, de cuyas manos habia recibido el conde de Artois la lugartenencia general del reino y á quien, detestándole y aborreciéndole y todo, nadie se atreviera á disolver ó anular entonces, pues detrás de sí tenia á los empleados, al ejército y á los soberanos aliados. Pero estando la transaccion ya casi convenida, esto es, habiéndose admitido que habria una constitucion que emanaria de la autoridad real, y que los senadores formarian en gran parte la cámara alta, ya no existia razon para que el Senado se abstuviese por mas largo tiempo. Así convino en ir á visitar al rey, y Mr. de Talleyrand le presentó en Saint-Ouen á Luis XVIII, á la manera que le habia presentado al conde de Artois en las Tullerías. Redactado el discurso de Mr. de Talleyrand muy esmeradamente, expresaba las ideas que tenian universal curso.—Segun su texto, ya no solo era el Senado sino la nacion entera la que aleccionada por la experiencia, se dirigia al rey y le llamaba al trono de sus padres.



Participando el Senado de los sentimientos de la nación, también acudía á saludar al monarca. Por su parte iba éste á dar instituciones conformes á las luces de la razón moderna, guiado por su alta cordura. Una carta constitucional uniría todos los intereses á los del trono y fortificaría la voluntad real, merced al concurso de todas las voluntades. Y ya el rey sabía mejor que nadie que tales instituciones probadas en un país vecino por largo tiempo y con fortuna, en vez de obstáculos ofrecían apoyos á los monarcas amigos de las leyes y padres de sus pueblos, etc.

A este discurso dió Luis XVIII una respuesta agradable y expresiva de un completo asentimiento á las ideas emitidas por el presidente del Senado. Lo singular fué que el Cuerpo legislativo, cuya conducta dictada á la sazón por una rivalidad pueril, pecó de poco decorosa y de bastante perjudicial, se quiso presentar por segunda vez á Luis XVIII, despues de haberlo ya hecho en Compiègne, y de prestar el debido homenaje. No hizo mas que repetir las vaciedades de moda, y á imitación suya, los principales cuerpos del Estado volvieron á empezar á desfilar por delante del trono y á pronunciar sus arengas. Se destinó el día 2 de mayo á las recepciones, y no quedó espacio para los negocios de importancia. Así fué que, al espirar este día, la declaración que debía preceder á la entrada del rey en París, y que realmente era condición de tal acto, no estaba aun redactada, ó mas bien lo estaba de sobra, pues había cinco ó seis proyectos, uno de Mr. de Vitrolles, otro de Mr. de Maisonfort y de otros varios. Pero cansado el rey é importándole poco los términos en que se

le hiciera decir cosas de días atrás ya acordadas, á Mr. de Blacas encargó velar en punto á la redacción definitiva del documento que se iba á publicar á la mañana siguiente. Este personaje convocó á los diversos redactores, con ellos pasó parte de la noche del 2 al 3 de mayo, hasta recibió á algunos consejeros officiosos, cada uno de los cuales traía una frase ó una idea, se esmeró en poner de acuerdo á todos, y al fin adoptóse el proyecto de declaración tras de atenuar bastante las expresiones que trascendían demasiado á gratitud ó á dependencia respecto del Senado. Habiendo preguntado Mr. de Vitrolles, principal redactor del manifiesto, sino se sometía á la aprobación de Luis XVIII, le respondió Mr. de Blacas que no era bien perturbar su descanso la víspera de un día tan fatigoso como anunciaba ser el siguiente; y al texto de la famosa declaración de Saint-Ouen se le puso la fecha del 2 de mayo, se envió á la imprenta real, y distribuyóse á la otra mañana en gran número de ejemplares.

Véase el preambulo del tal manifiesto.

«Llamado por el amor de nuestro pueblo al trono de nuestros padres, instruido por las desgracias de la nación que estoy llamado á gobernar, mi primer pensamiento no es otro que invocar la confianza recíproca tan necesaria á mi reposo como á su ventura.

«Despues de leer detenidamente el plan de constitución propuesto por el Senado, en su sesión de 6 de abril último, he reconocido que eran buenas sus bases, si bien por llevar muchos de sus artículos el sello de la precipitación con que fueron redactados en su actual forma no pue-



den llegar á ser leyes fundamentales del Estado.  
 »Resuelto á adoptar una constitucion liberal,  
 »queriendo que esté prudentemente combinada, y  
 »no pudiendo aceptar la que necesita de reforma,  
 »convoco para el 40 del mes de junio de este año  
 »al Senado y al Cuerpo legislativo, comprometiéndome á poner ante sus ojos el trabajo que haré  
 »con una comision elegida en el seno de estos dos  
 »cuerpos, y á dar por base á esta constitucion las  
 »garantias siguientes...»

Despues del preámbulo venia la enunciacion de las garantias, sobre las cuales no se variaba un solo punto; dos camaras votando acerca de todos los negocios del Estado, ministros responsables obligados á comparecer ante ellas, libertad individual, libertad de imprenta, libertad de cultos, votacion de las contribuciones, admisibilidad de todos los franceses á los empleos civiles y militares, inamovilidad de los jueces, mantenimiento de las ventas nacionales, de la Legion de Honor etc... Salvo la cuestion fundamental del origen que, en vez de un pacto, hacia una concesion de la carta futura, el empeño de darla á medida del deseo era formal y además se referia á lo decidido por el Senado, cosa que sancionaba la importancia y la autoridad de este cuerpo, y aseguraba la adopcion de las soluciones mas apetecidas, excepto una sola, y repetimos que la dinastía debiera sin duda rechazarla menos que nadie, pues su fortuna resultara de comprometerse en términos que no pudiera volver atras de ningun modo.

A beneficio de esta declaracion aprestóse Luis XVIII á hacer su entrada en Paris el 3 de mayo. De Saint-Ouen partió á las once de la ma-

ñana por entre una inmensa muchedumbre agrupada á su encuentro. En una carretela iba tirada por ocho caballos; al lado llevaba á la duquesa de Angulema, á los dos príncipes de Condé enfrente, á los estribos el conde de Artois á la derecha y el duque de Berry á la izquierda, ambos á caballo, detrás á los mariscales, y por último á la caballería de la guardia nacional, mandada por el conde Carlos de Damas. Ante este grande espectáculo se fijaron todas las miradas en la Guardia imperial de infantería, algunas de cuyas compañías dieron la guardia al rey en Compiègne, le acompañaron á Saint-Ouen, y aun le escoltaban á su entrada en Paris. Con estremada curiosidad miraba el público aquellos rostros varoniles, atezados por veinte y cinco años de guerra, asistiendo respetuosamente á una ceremonia contraria á todos sus sentimientos, ni gozosos ni complacientes, á imitacion de los mariscales, sino orgullosos y á la par sumisos á las voluntades de Francia, que volaba á la sazón á otros destinos. Entre los gritos ardientes y unánimes de *viva el rey!* se oyeron á menudo otros de *viva la guardia!* tambien expresivos y testificantes de las simpatías de los asistentes hacia aquellos resíduos de nuestras heróicas luchas. Y bueno es decir que hasta los mismos realistas de juicio echaban de ver su actitud á la vez arrogante y resignada (1).

(1) Diversos escritores, y especialmente Mr. de Chateaubriand, que en general se cuida muy poco de la verdad, han referido con colores muy exagerados la actitud de la Guardia. Segun los testigos mas veraces, su actitud fué la que procuramos bosquejar al presente, es decir fria y sumisa.



De los mas entusiastas fué el recibimiento hecho á Luis XVIII. Aquella profundísima emocion de los recuerdos, que tenian el don de escitar los Borbones, quizá fué mas viva al aspecto del conde de Artois, a causa de que entonces se experimentaba por primera vez. Pero la reflexion habia convencido á todos los espíritus de que nada habia mejor que volver á llamar á los Borbones, y de que solo con ellos se obtendria la paz y un gobierno templado. Este dictámen vino á ser el de las clases medias, jueces sanos y desinteresados sobre las cosas de gobierno. En particular tenian buena opinion del monarca, á quien su conducta reservada en la emigracion habia valido una reputacion de prudencia no puesta en duda, de consiguiente hallábanse bien dispuestas, y ejerciendo un grande influjo sobre el pueblo, imitador suyo, lograron que Luis XVIII fuese muy aplaudido y le aplaudieron por sí propias. A todos agradó su noble semblante, dulcificado por la alegría y único visible al presente, pues su cuerpo lo ocultaba el carruaje. Además con la pasion que se sentia por la paz, no se echaba de menos en el príncipe llamado á reinar la aptitud para montar á caballo, y la mente del público se prestaba de buen grado á la imágen tan reproducida entonces de un padre anciano que se volvia á hallar entre sus hijos. Tambien excitaron general interés la duquesa de Angulema, cuyo rostro severo de ordinario se cubrió muchas veces en día tan solemne de lágrimas, y los príncipes de Condé, de cuyas desventuras no habia quien no hiciese memoria. Hasta el templo de Nuestra Señora acompañaron las aclamaciones mas reverentes á este carruage, donde iba la fami-

lia de Borbon casi por completo. Despues de la ceremonia religiosa, por el Puente Nuevo, junto al cual se hallaba erigida una estátua de yeso representando á Enrique IV, se dirigió á las Tullerías, y allí se precipitaron todos los asistentes, para sostener á la duquesa de Angulema, que perdió el sentido á la vista de aquel palacio, de donde habian salido su padre y su madre para ir al Temple, y del Temple al cadalso. Ante este patético espectáculo fué universal el enternecimiento. Vuelta así esta familia augusta al palacio de sus mayores, ya se podia considerar establecida allí para siempre. De hijo se realizarian sus esperanzas, si al entrar en aquel recinto les acompañaban las luces del tiempo y del pais sobre el cual iban á ejercer la soberania. Esto se debia á la sazón desear en beneficio de Francia y de los Borbones. Pero estos infelices emigrados en aquellos mismos instantes daban una nueva prueba de la dificultad de reconciliarlos con la Francia, que no habian habitado y menos aun estudiado en el transcurso de veinte y cinco años. Los granaderos de la Guardia imperial, que así en Compiègne como en Saint-Onen habian dado la guardia á Luis XVIII, tambien ocupaban los puestos de las Tullerías, sin pensar mas que en cumplir su deber á inmediacion de la real persona. Al saber las gentes de córte, hombres y mujeres, á qué soldados estaba encomendada su seguridad y especialmente la de la real familia, se sintieron poseidas de espanto. En busca fueron de Dupont, ministro de la Guerra, y le preguntaron si habia perdido el juicio para atreverse á poner la preciosa existencia del rey en tales manos. Acostumbra- do á la fidelidad del soldado francés bajo las armas,



apenas comprendió el general lo que le decían los palaciegos. Al pronto quiso tomar á risa tales temores, pero á despecho suyo se le hizo parar mientes en lo sério de la cosa, y aquella misma noche, sin miramiento alguno á tan valientes soldados, que aun con el corazón lleno de Napoleón defendían contra toda clase de enemigos á Luis XVIII, se le obligó á relevarlos y á despedirlos afrentosamente á sus cuarteles. Véase cuales eran los corazones que se necesitaba conciliar y fundir en un mismo amor hácia la propia dinastía (1)!

Al día siguiente volvieron á empezar á presentarse á la real familia los cuerpos del Estado, repitiendo siempre los mismos discursos; luego las tropas aliadas desfilaron en masa á la vista de Luis XVIII, sentado en el balcón de su palacio, y rodeado de los principales soberanos de Europa, que le cedieron por cortesía el lugar preferente, deseando probar así á Francia la consideración que tenían á su rey y también á ella.

Trás de las ceremonias y las felicitaciones, al fin habia que poner manos á la árdua obra de conciliar lo pasado y lo presente; de conceder algunas compensaciones á las clases proscriptas por largos años, sin ofuscar á la nación mal dispuesta á ser sacrificada á intereses particulares; de ir por entre veinte y cinco años de sangrientas disensiones á buscar lo verdadero, lo justo, para formar el sistema del gobierno, obra dificultosa y aun casi imposible, á no ser que se hallase una razon firme é ilustra-

(1) Salvo los términos, aqui no hago mas que reproducir los recuerdos consignados por el general Dupont en sus Memorias manuscritas.

da en Luis XVIII, ó en algun príncipe de su familia, ó en alguno de sus ministros, capaz de adquirir un ascendiente incontrastable sobre la corte y sobre el gobierno: ¿se realizaria este fenómeno venturoso? Tal era la cuestion, y entonces presentábase sumamente oscura.

Durante la corta administracion del conde de Artois, no tuvo el gobierno mas carácter que el de interino, y en sus diferentes departamentos no llevaron los ministros mas título que el de comisionados. Fuerza era formar un ministerio definitivo. Tomando Luis XVIII en su actual estado las cosas, mantuvo la separacion existente bajo el conde de Artois entre el Consejo real ilustrando al príncipe con sus consultas y los ministros ejecutando sus voluntades, con la circunstancia de ser algunos de los ministros á la par miembros permanentes del consejo, y de no llamarse á otros mas que para los negocios especiales de sus respectivas secretarías; combinacion extravagante, y muy poco adecuada á la forma de gobierno que se iba á dar á la nacion francesa.

Para que en un estado libre fundado sobre la intervencion de las asambleas deliberantes, se consiga la unidad de voluntad, sin la cual ni la prontitud ni el vigor de la accion serian posibles, y al mismo tiempo la luz que solo puede resultar del concurso de todas las inteligencias, forzoso es que los ministros encargados de gobernar ante el rey y las cámaras sean los consejeros únicos de la corona y conciban las resoluciones del gobierno y hagan que por el rey y las cámaras sean adoptadas, y despues las ejecuten bajo su responsabilidad, á la vez personal y colectiva. Menester es



asimismo, antes de poder llevar á los grandes poderes del Estado á unidad tan deseada, que los ministros sean tambien atraidos por la influencia de uno de ellos superior á los demás en inteligencia, en carácter, en situacion. Solo bajo esta condicion cabe lograr que concurren todas las luces del país á la obra comun, lo cual es privilegio de los gobiernos libres, y conservar la unidad de accion, que semeja privilegio de los gobiernos absolutos, y que no lo es mas que en la apariencia, pues amenudo son los gobiernos mas embarazosos. Asi entre la corona y los cuerpos deliberantes no deben existir mas intermediarios que los ministros, á la vez autores, demostradores y ejecutores, bajo su responsabilidad, de las resoluciones que constituyen la série de los actos del poder. Toda rueda que se añade es inútil y de consiguiente nociva. Pero en 1814 no nos habia aun enseñado la experiencia nada sobre estos asuntos y hasta en Inglaterra se procedia mas que por reflexión por instinto. El gobierno libre era una ciencia cuya práctica existia en Inglaterra y cuya teoría no se hallaba en ninguna parte.

Pura y simplemente aceptó el rey el legado de las circunstancias, á saber, el Consejo real superior que, segun se ha visto, no era mas que el antiguo gobierno provisional, transformado en consejo del lugarteniente general del reino y por debajo los ministros, miembros ó no del mismo Consejo. Se limitó á hacer nombramientos definitivos para cada cargo, manteniendo á los actuales poseedores de las carteras ministeriales, ó cambiándolos á tenor de lo que exigian las circunstancias. Véase cuales fueron sus elecciones.

Nadie hubiera querido reemplazar en la direccion de la Hacienda á Mr. Louis, que en pocos dias se habia captado la general confianza, y así fué nombrado ministro de este importante ramo. En el dela Guerra se mantuvo de ministro el general Dupont, bastante conocedor del ejército, aplicadísimo á contentarle, dotado desdichadamente de menos carácter que talento, y sosteniéndose firme, no sin trabajo, en medio del conflicto de opuestas pretensiones, aunque sin perder el prestigio de su larga desgracia. Mr. de Malouet, hombre de bien y laborioso, continuó de ministro de Marina. Monsieures de Talleyrand y de Montesquiou, sin dejar sus plazas en el Consejo real, fueron llamados al ministerio. Aun siendo Mr. de Laforest el comisionado en la secretaría de Negocios extranjeros, solo Mr. de Talleyrand habia dirigido la negociacion del armisticio, y tampoco se hallaba otro mas capaz de dirigir la de la paz definitiva. Ministro titular fué de Negocios extranjeros, permaneciendo al lado de los principes como el miembro mas importante del Consejo real superior, al cual se contrajo la costumbre de llamar el *Consejo de arriba*.

Sin embargo de su cualidad de eclesiástico, no queria ser el abate de Montesquiou ni cardenal, ni embajador cerca de la Santa Sede; solo queria figurar como principal ministro de Francia. De buen grado abandonaba la política exterior, pues la juzgaba reducida por la paz á una larga insignificancia, y además pertenecia de derecho á monsieur de Talleyrand, y se reservaba para la política interior, que iba á ser muy activa, muy árdua y muy borrascosa. Para mezclarse en ella tenia



mas de una ventaja. Sobre su partido ejercia alguna autoridad, con él sabia ser arrogante como con los otros, no le faltaba costumbre de asistir a las asambleas, y hablaba facilmente. Mas era quisquilloso, no poseia bastante vigor de carácter y de talento, y asi hallábase inferior á la tarea que iba á cargar sobre sus hombros, tarea que á la verdad fuera pesadísima para todos. Por lo demás, á la sazón el partido realista no tenia mejor candidato que ofrecer al monarca, y su eleccion para el ministerio de lo Interior convenia al presente mas que otra alguna. Se indemnizó á Mr. Beugnot, administrador interino de este ramo, con fiarle el de la Policia, bajo el título de *direccion general* y casi equivalente á un ministerio.

A pesar de su respetabilidad eminente, perdió Mr. Henrion de Pansey la administracion de la justicia. Se deseaba poner á la cabeza de la magistratura á un hombre que hubiese pertenecido á los antiguos parlamentos, y eligióse un magistrado de saber y de algo de elocuencia estudiada en d' Aguessau, y dotado además de carácter apacible y honrado, con todas las opiniones del viejo realismo. Mr. Dambrey fué este magistrado. Finalmente, no se queria dejar á Mr. de Blacas fuera de los individuos del gobierno oficial, por ser un personaje tan influyente en la corte, y deseando los ministros tenerle á su lado le ofrecieron el ministerio de la casa del rey. Mr. de Blacas acababa de obtener el cargo de jefe superior del guardar-ropa, único de los altos empleos de la corte á la sazón vacante, porque todos los demás habian sido devueltos á sus antiguos propietarios. Envanecido con esta merced insigne, se consideraba re-

bajado al admitir un ministerio. Para vencerle se necesitaron esfuerzos de monta. Se hicieron y se le obligó á aceptar una cartera que, sin apartarle del lado del rey, ni imponerle porcion alguna de la carga de los negocios, le debia, no obstante, asociar á la responsabilidad colectiva de los ministros.

A Mr. de Vitrolles habia admitido el conde de Artois en el Consejo á título de secretario. Este papel de un secretario de Estado, puesto entre el soberano y los ministros para comunicarles las ordenes de un señor que no deliberaba sino consigo propio, despues de la caída de Napoleon, no se comprendia que subsistiese de ninguna manera. En el nuevo orden de cosas á lo sumo perteneciera este papel á Mr. de Blacas, y ni se alcanzaba la posibilidad de que lo desempeñase tampoco. Efectivamente, los ministros entendian trabajar directamente con el monarca y ya se habian negado á admitir á Mr. de Vitrolles por intermediario con el conde de Artois, lo cual era natural y legitimo, pues figuraban como responsables de sus actos. No quedaba, pues, al nuevo secretario de Estado mas que una atribucion sola, y se reducía á escribir actas de las sesiones del Consejo. Mas sus individuos no querian actas de ningun modo. Mr. de Montesquieu y Mr. de Talleyrand decian con razon que las actas embarazarian la libertad de las deliberaciones, porque la certidumbre de ver consignadas mas ó menos fielmente las palabras todas, impediria que hablasen con plena franqueza los hombres de gobierno mas sinceros y animosos. No siendo intermediario del trabajo con el rey, no debiendo redactar las actas,



ninguna atribucion le quedaba al secretario de Estado. Sus colegas hicieron cuanto les fué posible por excluir del Consejo real á Mr. de Vitrolles, indemnizándole con un cargo en la corte. Pero obstinóse este personage, fué defendido por los príncipes, y permaneció en el Consejo, sin otro destino que el de tomar nota de las resoluciones adoptadas, y de estar en correspondencia, ya con el *Monitor*, ya con el telégrafo, siendo poco amado de sus colegas, amándolos todavía menos y especialmente, reñido con Mr. de Montesquiou, el cual no habia descuidado mostrarse arrogante con un personage á quien miraba desdeñosamente y no reconocia talento y negaba que hubiese prestado servicios (1).

A este conjunto de personajes, se agregó en calidad de ministro de Estado, con la direccion de Correos, á Mr. Ferrand, hombre de edad avanzada, instruido, escritor poco notable, con toda la tenacidad y la pasion de los mas exaltados realistas. En la administracion de Correos fué lo que Mr. de Beugnot en la Policia, un director general, casi con la categoria de ministro.

Tal fué el gabinete definitivo de Luis XVIII, si se puede llamar con tal nombre á una reunion de ministros, en que Mr. de Talleyrand, por su situacion el de mas importancia, no se debia mezclar más que en relaciones con las potencias ex-

(1) A pesar de todo Mr. de Vitrolles siguió redactando las actas de las sesiones del Consejo, extremadamente sucintas, casi reducidas á apuntes sueltos, si bien muy interesantes, que aun se conservan en los archivos de Estado, y quizá son el documento mas curioso de los que existen del gobierno de la primera Restauracion.

trangeras, en que Mr. de Montesquiou, el mas importante despues de Mr. de Talleyrand, no se debia mezclar mas que en relaciones con las cámaras; en que Mr. de Blacas, el tercero en valer, no se debia mezclar mas que en relaciones con el rey; en que finalmente, cada uno de ellos debia obrar casi aisladamente, no hallándose enlazados unos con otros, ni por un primer ministro no existente entonces, ni por el Consejo real, que carecia de jefe, no pudiéndolo ser un monarca de talento galano, perezoso y ocupado en clásicas lecturas. Razon habia, por tanto, para temer que este caos ministerial no regido por nadie, lo fuera por las pasiones del tiempo, y muy irracionales, muy exigentes y muy agitadas.

A los dos dias de su entrada en Paris, congregó Luis XVIII al Consejo real, á cuyo seno fueron llamados todos los ministros y además los príncipes, que debian asistir habitualmente. Ante esta corporacion y bajo el titulo de discurso de apertura, usó el rey un lenguaje estudiado, pulido y afectuoso; habló con voz firme y clara, con altivez y gran soltura, tocando todos los puntos de una manera bastante superficial, y queriendo que el primer dia se dijera algo sobre cada cosa. Asi enumeró los objetos sobre los cuales habia que providenciar en breve, con especialidad el ejército, que se trataba de reorganizar y de hacer adicto á la dinastía; la marina, que era urgente refundir y ajustar á nuestros recursos rentísticos; la antigua casa militar del rey, cuyo restablecimiento se anunciaba ya entonces; la hacienda, que daria la norma de lo que se pudiera hacer por el ejército y la marina; las contribuciones, que se necesitaba mantener



y recaudar, á pesar de imprudentes promesas; los padecimientos de las provincias ocupadas, á que importaba poner un término inmediato; las negociaciones, que habia premura de llevar al desenlace de una paz definitiva, y que no fuera muy humillante; y por último, la constitucion que se habia prometido acabar para el 10 de junio, lo mas tarde.

Relativamente al ejército, la tarea se resentia de muy árdua. Antes de todo habia que fijarse en el principio de reclutamiento, y adoptar un principio razonable, en virtud del empeño contraido por los príncipes de abolir la conscripcion. Por lo demás, á pesar de la desercion, no consistia la dificultad en la falta de hombres, sino al revés, en su abundancia y en los sentimientos que manifestaban generalmente. De Inglaterra, de Alemania, de Rusia, de Italia, de España, iban á regresar ciento cincuenta mil soldados de guarnicion y casi igual número de prisioneros, veteranos todos. De consiguiente, por lo menos se tendrian cuatrocientos mil hombres y unos cuarenta mil oficiales, y forzoso era proveer á su suerte. Ahora bien, el ministro de Hacienda declaraba que, pagadas las deudas del Estado, á lo sumo podria aplicar al ejército la cantidad de doscientos cincuenta millones de francos, esto es, que apenas habria para atender á la mitad de lo que se iba á tener encima. Respecto de la marina, de igual modo convenia renunciar á los cien navios de Napoleón, pues si tal número se resentia ya de excesivo cuando el imperio se dilataba desde Lubeck hasta Trieste, y con doble número de marineros, sin duda rayara en lo extravagante despues de

reducida á las fronteras de 1790 la Francia.

Algunas palabras se cambiaron sobre estos graves asuntos y estrechóse al ministro de la Guerra á presentar un plan que satisficiera en lo posible todos los intereses, bajo la consideracion de la penuria temporal de la Hacienda. Se autorizó al ministro de Marina para preparar vastas reducciones de gastos, pues se contaba con una larga paz con Inglaterra, y no se queria ofuscar á esta potencia con un dispendioso é inútil alarde de nuevas fuerzas navales. Muy sensible mostróse el rey á la exterioridad de las cosas, y asi expresó el deseo de mudar los nombres de muchos navios que excitaban recuerdos revolucionarios, dejando, por ejemplo, al *Austerlitz* y al *Friedland*, sus nombres, porque no recordaban mas que victorias. Por último, dirigió preguntas al ministro de Hacienda, que no se hizo rogar para exponer de nuevo sus designios irrevocables. Ante todo sentaba el principio de que era forzoso pagar todas las deudas del Estado, cualquiera que fuese su origen, hasta las que se denominaban *deudas de Bonaparte*, y que desgraciadamente fueron creadas para sostener locas guerras. Pero invirtierase mal ó bien el dinero procedente de deudas tales, se habian contraido en nombre de Francia, y tan escandaloso como impolitico fuera negarse á su pago. Sin esta escrupulosa puntualidad en cumplir los empeños del tesoro no se tendria crédito, y sin crédito, bajo cualquier sistema que se adoptase, no serian suficientes las contribuciones en el curso de muchos años, y no se podrian satisfacer las atenciones públicas mas apremiantes. Al revés, con el crédito se lograria todo, si se obraba